



Examen de un enfermo con radioisótopos. La Medicina es cada vez más costosa, pero en la etapa de penuria de materias primas que ya ha empezado habrá de hacer compatible la eficacia con una mayor austeridad de los medios terapéuticos. (Foto: L. BRAUN/O. M. S.)

REPERCUSIONES DE LA CRISIS ENERGETICA

EN muy pocos países se han atrevido las autoridades a explicar claramente a sus poblaciones la verdadera trascendencia de la actual crisis de la energía, que sufren con mayor agudeza las naciones más industrializadas, pero cuyas consecuencias llegarán irremediablemente a todos los países. Las limitaciones impuestas por ciertos países árabes en los envíos de petróleo no han hecho más que precipitar la aparición de un problema que empezó a incubarse hace algún tiempo, y sobre el que los hombres de ciencia han tratado de llamar la atención de gobernantes y gobernados sin recoger muchas veces más que desdeñosos encogimientos de hombros.

El ansia de consumo de la Humanidad ha alcanzado proporciones tales, que en lo que se refiere concretamente al petróleo habría que descubrir cada año yacimientos iguales a los Kuwait para hacer frente al crecimiento actual de la demanda, y en el caso de que las centrales nucleares pasen a ser la principal fuente de energía, como así parece, de continuar el presente ritmo de consumo, en el año 2000 habría que construir en el mundo una central nuclear cada día, lo que pertenece al terreno de la más pura utopía.

La dura realidad es que las reservas de ciertas materias primas no son ilimitadas, y que en el caso de muchas de ellas, sus plazos de agotamiento están ya a la vista. De proseguir el ritmo de gasto actual, la Humanidad habrá terminado en el año 2000 con todas las reservas conocidas (en curso o en proyecto de explotación) de petróleo, gas natural, uranio 235, plomo, cinc y estaño, mientras que

el cobre y el níquel durarán unos pocos decenios más.

Por el momento asistimos al primer síntoma de la escasez, que es la elevación desenfrenada de los precios, y así, en el pasado año se ha duplicado el precio de la mayoría de las materias primas, e incluso, como sucede con el cinc, casi se ha cuadruplicado. En el mejor de los casos, ese enorme encarecimiento obligará a los países industrializados o en curso de industrialización rápida, como España, a ser más parcios en la utilización de productos que serán cada vez más escasos. Es evidente que los avances tecnológicos permitirán utilizar nuevas materias o reciclar las ya consumidas, pero todo ello ocasionará nuevos encarecimientos; por ejemplo, una tonelada de aluminio cuesta hoy unas 31.000 pesetas en el mercado internacional, pero subiría a casi 90.000 pesetas si fuera aluminio reciclado.

No cabe duda de que una crisis de esa magnitud va a influir en todos los aspectos de nuestro diario vivir y que la Medicina no escapará a sus repercusiones. Con todo lo que tiene de aleatoria la futurología, pueden esbozarse a grandes líneas cuáles serán esas repercusiones.

No falta quien afirma que el instinto de supervivencia de la especie humana le ha llevado a precipitar una crisis que, en definitiva, puede significar la salvación del medio ambiente. Como es bien sabido, la contaminación en las grandes ciudades alcanza ya límites cercanos a los nocivos para la salud; los guardias urbanos de Tokio tienen que respirar de vez en cuando oxígeno puro para ser capaces

de proseguir su trabajo, y en la plaza de la Cibeles, de Madrid, una persona echada en el suelo moriría de asfixia en poco tiempo.

El menor consumo de gasolina va a contribuir de forma decisiva a la purificación de la atmósfera, y, como lo demuestra la experiencia de los domingos sin automóviles en varios países europeos, las gentes se sentirán, en definitiva, más felices al verse libres de los dudosos placeres del paseo dominical en automóvil.

No sólo el consumismo desenfrenado contribuye al agotamiento de las materias primas, sino que también interviene en forma decisiva el crecimiento de la población. Son muchos los que estiman que la Humanidad sabrá frenarse a sí misma, pero ese freno ha supuesto en el pasado la muerte de millones de seres en epidemias, hambres o guerras.

Verdad es que hasta ahora han fracasado los intentos de restricción obligatoria o persuasiva del crecimiento demográfico (véase TRIUNFO del 15 de diciembre de 1973, página 43) y que todo permite creer que, por desgracia, entrarán de nuevo en juego esas limitaciones «naturales» de carácter cataclísmico. No es éste uno de los menores desafíos que hoy se plantean a la Humanidad: ¿cómo hacer compatible el respeto a la libertad del individuo y a los sentimientos morales de muchos con la necesidad de frenar el aumento en progresión geométrica de la población mundial? Sólo una enorme labor educativa, en la que el médico ha de jugar una función fundamental, puede resolver esa difícil disyuntiva.

Es bien sabido que en todos los países el gasto médico aumenta

mucho más aprisa que la renta nacional, lo que se debe en parte a la mayor preocupación de las gentes por su salud y en parte al hecho de que los nuevos medios de diagnóstico resultan mucho más costosos que los clásicos. En una situación de crisis de energía y de materias primas, los médicos tendrán que estudiar los medios de obtener iguales resultados con menores gastos. Probablemente reconocerá la importancia que nunca debió perder el examen clínico concienzudo del enfermo, que permitirá ahorrar en la realización de pruebas difíciles, caras y a veces inútiles.

Al acrecentarse los problemas de desplazamiento perderán interés las instituciones médicas centralizadas. Si, como puede preverse, el coste futuro del petróleo aumenta desproporcionadamente en relación con otros tipos de gastos, las ventajas de la descentralización se pondrán claramente de manifiesto. Ello supondrá un cambio radical de la presente orientación asistencial, basada en la construcción de instituciones enormes en la periferia de las ciudades.

La crisis actual plantea problemas de una magnitud sin precedentes, pues va a suponer seguramente el cambio de modos de vivir que la gran mayoría de las poblaciones occidentales habían adoptado como objetivos primordiales. Sin embargo, el hombre debe darse cuenta de que, como decía Arthur Balfour, primer ministro inglés: «Cada nuevo invento parece crear una nueva carga sobre los vastos, pero no ilimitados, recursos de la Naturaleza. Gastamos en una hora lo que la Tierra ha necesitado siglos para acumular». ■ DOCTOR J. A. VALTUERA.